

ANCIANA CON BOLSO NEGRO

La pequeña ciudad de provincias dormía la siesta. Sus calles estaban vacías y su silencio era roto por un alarido que anunciaba la presencia de algún que otro perro callejero. La anciana con bolso negro era la única de su especie que estaba en la pequeña avenida, ya que hacía un calor insoportable. Desde la ubicación de la calle, que ahora pisaba, hasta uno de los barrios periféricos al que se dirigía, la mujer caminaba metódicamente a la vez que tranquila y sigilosa. Mientras andaba bajo un sol de justicia, iba recordando el enorme y asfixiante calor que también reinaba en aquel inolvidable verano vivido en el Vaticano y en cómo se adentró en el mismo por primera y única vez, atravesando a pie la Plaza de San Pedro, acompañada de su inseparable bolso negro y de lo que en él llevaba dentro. De repente, una mendiga interrumpió su paso medido para pedirle una limosna. Ella cogió de su bolso negro una pequeña cartera y sacó una moneda de un reluciente color de la plata. Ese imprevisto le hizo dejar los recuerdos, que anidaban en su cabeza, de aquel misterioso tiempo en el que había sido llamada por el mismísimo Santo Padre para encomendarle una labor nada sencilla. Fue entonces cuando se dio cuenta que ya le quedaban muy pocos metros para llegar al pequeño templo, que estaba situado en los bajos de un edificio de viviendas, casi a las afueras de la ciudad. La iglesia era la más pequeña de la población, pero esto, y el hecho de estar en un bajo, no le restaban encanto, pues, cuando uno entraba en ella, veía que las paredes del altar eran de mármol blanco y ello le daba un aire de elegancia, alegría y modernidad, que resultaban cualidades que otros templos no tenían, a pesar de ser aparentemente mejores. Siguiendo con su metódico paso, entró en el recinto sagrado y caminó pausadamente

por el pasillo central hacia el altar. Una vez delante del mismo, hizo una genuflexión y La Señal de la Cruz para, a continuación, dirigirse a la primera fila de una de las dos bancadas de la iglesia, concretamente a la de la derecha, según se mira al altar, y allí, delante de un micrófono, abrió su bolso y, como si de un médico se tratara sacando su fonendoscopio, escogió de los artilugios que allí guardaba un rosario bendito, que tenía la imagen de Santa Gema Galgani, el mismo que utilizó en el hecho sobrenatural de aquel verano en el Vaticano. La piel de la santa era del color de la leche y, por el contrario, sus ojos, dos trozos de carbón. Había dejado de ser santa al tropezar en su camino con la piedra de la lujuria. Fue cuando entonces invitó a su, hasta ahora, blanco lecho a hombres y a más hombres, alejándola así cada vez más de la senda de Dios y acercándola al despeñadero del demonio. La anciana con bolso negro fue una de las pocas que pudo ver los estragos de Satanás en la joven. Con un temple admirable comenzó, delante de la poseída, a rezar el Santo Rosario. Era un viernes aquel en el que estaba, en una sala secreta de la Santa Sede, y por lo tanto tocaban, en los rezos del catolicismo, los misterios dolorosos, aquellos que versan sobre la muerte de Jesucristo. Comenzó con el primer misterio: la oración del Señor en el huerto. Metódicamente, con voz pausada y sigilosa, la mujer mayor comenzó, tras el primer Padre Nuestro, con las diez Avemarías. Mientras la mujer rezaba, la santa caída en el pecado sudaba la sangre de un Dios. Con grandes voces y movimientos bruscos, a pesar de que todo su cuerpo estaba atado a una pesada cama de hierro, la santa intentaba frenar el rezo del Santo Rosario, pero la anciana con bolso negro seguía impertérrita la oración. Llegó el segundo misterio: la flagelación del Señor. Por cada Avemaría, la santa

sufría un profundo latigazo en su cuerpo, hecho por una brida invisible, movida por la mano escondida de Belcebú. A este misterio le siguió el tercero: la coronación de espinas. Fue empezar a rezar por parte de la anciana este punto y formársele a la santa de su pelo enmarañado una corona llena de espinas, que el maligno hincaba con fuerza en su cabeza, provocando chorros de sangre que bañaban su cara. Y llegó el cuarto misterio: Jesús con la cruz a cuestas, cuando la santa sintió todo el peso de la cruz, una presión enorme sobre todo su cuerpo, que ahora la hacía estar totalmente rígida y pegada a la cama. Por último, tuvo lugar el quinto misterio: Jesús muere en la cruz. En este Satanás, ante el rezo impertérrito de la mujer, no pudo soportarlo más y salió del cuerpo de la santa, dando un grito inmenso y huyendo con toda su maligna fuerza por una ventana de la sala secreta, rompiendo los cristales de la misma de forma salvaje. La anciana terminó el rezo del rosario en la pequeña iglesia con el mismo temple con que lo había hecho en la sala secreta del Vaticano. Abrió el bolso negro y metió, como si de un fonendoscopio se tratase, el rosario, tras lo cual salió, con paso metódico y sigiloso, de la pequeña iglesia para disponerse a ir a su casa. Entonces fue cuando recordó aquel misterioso tiempo en el que había sido llamada por el mismísimo Santo Padre para encomendarle